

RELIGIEUSES DE L'ASSOMPTION

Maison Généralice

17, rue de l'Assomption

75016 PARIS - Tél. 46.47.84.56

Auteuil, 20 de abril 1986

Queridas hermanas

Varias veces durante estos dos últimos años se nos ha recordado que se acercaba el Centenario de la conversión de San Agustín. Os animé a que intentáseis conocerle mejor. Después del encuentro de los Consejos Generales de la Asunción, recibisteis una carta en la que se anunciaba la celebración del Centenario, y Partage-Auteuil publicó al mismo tiempo una carta del Padre Stéphan a los Agustinos de la Asunción. Ahora nos encontramos en el umbral de su apertura, el 24 de abril, un año antes del aniversario del Bautismo de San Agustín en Pascua del año 387, ¡hace ya dieciséis siglos!

Magne Pater Augustinus. Agustín es tan grande, ha tenido una influencia tan profunda en la Iglesia Católica y en la espiritualidad de la Iglesia Latina, que no podemos ignorar todo lo que le debemos. Es nuestra herencia. Es bueno poder volver a la fuente original para dialogar con nuestros antepasados como dirían los africanos.

Quizá una mejor comprensión de San Agustín nos ayudará a comprender mejor quiénes somos y el momento de la Historia que se nos concede vivir. Llegaríamos a captar de manera creadora los valiosos elementos de esta herencia que estimamos y que queremos vivir hoy y aún en el futuro.

Vamos a celebrar la **conversión** de San Agustín. Conocéis bien La historia. El “toma y lee” y el “Revestíos del Señor Jesucristo” en el jardín. Este acontecimiento era sólo un momento de una larga historia de conversión. No sé lo que la palabra “**conversión**” evoca para cada una o como imagináis

que se pueda celebrar. No quiero proponer centros de interés nuevos o suplementarios, algo más que pensar o hacer. Al orientar nuestra atención hacia San Agustín me gustaría sencillamente orientar nuestros espíritus y nuestros corazones hacia lo esencial de nuestra vida, provocar un recentramiento, una mirada nueva sobre la realidad cotidiana. Que estas ideas que siguen os lleguen como una invitación a discernir la gracia de vuestra propia experiencia, personal y comunitariamente, por el camino de la Ciudad de Dios.

SOLO DIOS

Agustín nos dice que “el amor a la mujer” obstaculizaba su conversión al Cristianismo. El celibato, sin embargo, no era obligatorio ; Agustín, como cristiano, hubiera podido casarse. Por esto su conversión no es tanto una renuncia como una opción preferencial. Escoge a Dios Sólo.

Cuando se leen “Las Confesiones” se tiene la impresión de que, a partir del momento de su conversión, Agustín vive completamente para Dios y con Dios. Nada, en adelante, es marginal en su vida. No niega nada. No quiere esconder nada. Toda la realidad de su vida, el interior y el exterior, está al descubierto ante Dios.

No sólo está abierta como la página de un libro, sino captada en una relación amante. Agustín cree que el Señor actúa constantemente y que está presente en toda su vida ; y que el mismo Señor le busca, a Agustín, sin cesar. Dios es la realidad más apasionante de su existencia. Por Él, todo alimenta su búsqueda y su deseo, todo es ocasión para aprender, dialogar, amar.

Como consecuencia de esta presencia amorosa de Dios, Agustín revela en “Las Confesiones” una aceptación humilde y total de sí mismo, de su vida, de su historia, de las personas y los acontecimientos que le han afectado, formado o deformado. Su memoria le sirve solamente para sumergirse en la inagotable Misericordia divina. Si él mismo es inconstante

y débil, si las circunstancias y los acontecimientos son variables e imprevisibles, Importa poco, Dios no cambia. Dios es. Dios es todo. Se convierte en la referencia y la medida de todo lo demás. Tal es la verdad de Dios. Tal es la verdad de Agustín.

Agustin llegó difícilmente a esta fe, pero será indefectible.

Agustín es un hombre de deseo. Había buscado ardientemente la verdad y la bondad, lo que podía colmarle y lo que merecería el don de su vida, de su amor, de su todo. Fortalecido por la gracia de su conversión, está tan convencido de que su Todo es Dios, y que sólo El puede satisfacer el inmenso deseo de su corazón, que todo lo demás tiene muy poco peso.

Puede experimentar el atractivo de las criaturas, de los bienes de este mundo, pero es consciente de que estas cosas no son más que un reflejo, un recuerdo o una parte del todo. Y lo que él quiere es este todo, para el cual ha sido creado.

Más de una vez sus escritos expresan su propio deseo o la importancia del deseo para nosotros toda la vida cristiana es un santo deseo. Orar es desear y el deseo es oración. El deseo amplía la capacidad de recibir. Desead para ser comados.

No os hagáis ilusiones. El deseo de Agustín no estaba libre de problemas. Si su oración (al menos la que nos ha dejado escrita) en su mayor parte gira en torno a Dios mismo, trata también largamente de la debilidad y del pecado de Agustín. Dividido e inconstante, era un problema para sí mismo ; luchaba contra una voluntad rebelde, y contra los deseos de la carne y del espíritu que nacen de un amor mal orientado. Conocía el tormento del conflicto interior y el escándalo del pecado en sí mismo y en los otros. Tenía que pedir a Dios una y otra vez le diese el deseo de El Sólo.

Así es como de pronto, nos sentimos más cercanos a Agustín ; su experiencia es también la nuestra. Nuestro problema es parecido al suyo. Muchos deseos dividen nuestro corazón. No queremos lo que queremos ; aún no lo queremos.

¿ No había recibido Agustín el golpe de gracia de la conversión cuando decidió al fin que quería ser verdaderamente casto ?

Lo mismo nos sucede a nosotros. Es una cuestión de voluntad. Pero - y esto es capital - de una voluntad motivada y movida por el amor. No por necesidad, obligación o coacción, sino por el deseo de aquello que amamos. Y lo que amamos es aquello a lo que damos más valor, aquello en lo que esperamos encontrar nuestra felicidad : nuestro tesoro.

Para que nuestra voluntad esté, así atraída y motivada, nos es necesario estar en presencia de lo que amamos, dejarnos atraer. Necesitamos llenar nuestro espíritu de la Bondad, penetrarnos de la Verdad, vivir en presencia de Dios. Se trata de la fe. Ciertamente la Fé es un don; es también una respuesta libre.

Consagramos una gran parte de nuestro día a la celebración litúrgica, al estudio de la Biblia y a la lectura espiritual. Si estamos enamoradas de Dios, si encontramos nuestro placer en buscarle y conocerle, si somos felices de pertenecerle y adorarle, nuestra vida contemplativa será rica y estará llena. Sin este deseo de vivir plenamente la existencia, y ello en la fe, nuestros días "r.a." pueden resultar pesados, estar demasiado estructurados. Nuestro estilo de vida contemplativa no es un lujo para aquellas que buscan a Dios. Crea el entorno necesario para la dilatación de nuestro corazón en Dios.

JESU CRISTO.

Se puede pensar que Agustín, en el momento de su bautismo, conocía a Cristo como el Verbo Encarnado, Dios que vino entre los hombres como Mediador y como Modelo, pero

apenas conocía a Cristo como Redentor, su Salvador. “Los Diálogos”, escritos poco después de su conversión, son muy filosóficos. Incluso el Cristo de “Los Soliloquios” parece algo abstracto ; comparado con el Cristo de la obras posteriores le falta calor.

Leyendo las obras de Agustín se tiene la impresión de que una devoción hacia Cristo crece a medida que vive de la fe. Devoción es una palabra débil; hablemos más bien de su relación amante con Cristo y de la importancia de Cristo en la vida de Agustín.

“Las Confesiones”, escritas más de diez años después de su conversión, dejan entrever sus sentimientos y convicciones íntimas en lo que se refiere a Cristo ; nos muestran cómo el vivir con Cristo puede transformar el espíritu, el corazón y toda la persona.

Cristo se convierte para Agustín en el centro de su existencia : Camino, Verdad, Vida. No sólo es el maestro interior sino también el médico, el único Mediador, el Salvador, la Patria.

Lo decisivo fué el descubrimiento de las Escrituras. Agustín creía en la presencia sacramental de Cristo en los Libros Sagrados, y que éstos son un camino de salvación como lo es la humanidad misma de Cristo. Lo que al principio le retraía de éstos se cambió en atractivo: su accesibilidad a todos, incluso a los sencillos y a los rudos. A través del estudio asiduo y la contemplación amante de las Escrituras, la experiencia de Dios de Agustín llegó a ser crística - bíblica y eclesial. Encontraba en ellas no solo un remedio para su alma sino también el deleite más puro. Dios hablaba a través de las Escrituras y estas Impregnaron su oración, su predicación, sus escritos.

La humildad de Dios en Jesucristo no cesa de maravillar a Agustín y unirle más y más a su Humanidad, después a toda la humanidad. La experiencia aguda del pecado y de la

imposibilidad de levantarse por si mismo hacia Dios, le hacia más sensible a su Misericordia condescendiente. Filipenses 2, vuelve una y otra vez a su pluma - más de 1.100 veces entre las 43.000 citas bíblicas aproximadamente. Su Dios llegó a ser el Dios, Padre de Jesucristo.

Sería interesante intentar describir la experiencia de Cristo en Agustín. Quizá esté ya hecho. No es éste mi propósito.

Cada una de nosotras tiene una historia con Cristo. Deberíamos ser capaces de volver sobre ella y trazar su desarrollo. Si eres cristiana desde la niñez, quizá nunca hayas conocido la vida sin la presencia de Cristo. Quizá hayas pensado siempre que era algo evidente. ¿ Has pensado alguna vez lo que seria una vida sin El ? ¿ Qué diferencia introduce realmente Cristo en una vida?

La vida para los cristianos, al fin de cuentas, es la misma que para todos los hombres : los mismos acontecimientos gratos o crueles, los mismos destinos gozosos o desgraciados. El mundo és el mismo para todos: bonito, misterioso, y a veces también terrible. Guerras, hambres y enfermedades afectan igualmente a todo hombre. ¿Cuál es la diferencia al vivir todo ésto con y en Cristo? ¿Cuál hubiera sido tu mundo sin Jesucristo, sin la Iglesia: comunidad, sacramentos, año litúrgico?

Has experimentado varias conversiones : vuelve a la primera, al momento en el que dijiste "sí" a Cristo por primera vez, en el que empezaste a seguirle. ¿Cuáles fueron las circunstancias? ¿ Qué es lo que te atrajo, lo que te llevó a decidirte? ¿ Cómo eras entonces? ¿Cuál ha sido tu camino después? En tu relación con El ¿cuáles han sido los grandes momentos de alegría, de pena, de decisión?

Y ahora, ¿quién es Cristo para tí? ¿ Quién eres tú para El ? (Merecería la pena que, pluma en mano, le respondieras a esta pregunta).

Cierto, no se trata de volver hacia atrás, y no deberíamos desearlo. La llamada hoy es la de mantener o reavivar le sencillez, y la calidad de absoluto que caracterizaba nuestra primera respuesta.

Cristo nos llama a seguirle. Esto nunca se termina; El está siempre delante. Sube a Jerusalén. No de una vez sino pasa a paso. Nos invita a entrar en una dinámica, la del discípulo, aquél que camina, renuncia, ama lleva su cruz. La dinámica de Jesús es la de la superación continua, la del “**magis**”. Los itinerarios serán diversos - cada itinerario es único - pero el Camino será siempre el mismo.

Si nuestra relación con el Señor pierde algo de su vitalidad, raramente se debe a los sufrimientos o a las dificultades, ni a las dudas de fe. Viene de que hemos estado menos atentas, menos dispuestas a dar, hemos sido menos conscientes, menos fieles. El “**menos**” puede provocar una crisis de fe, o debilitarla, o apagarla a fuego lento.

Hay también algunos obáculos a nuestra comunión con Cristo:

Las amarguras, los resentimientos, el rechazo a perdonar no coexisten con el amor. Tales actitudes pueden parecer acontecimientos o circunstancias asiladas, pero envenenan el corazón entero y todas sus obras.

Un apego, por pequeño que sea, paraliza el impulso de nuestro amor al Señor. El corazón, por decirlo así, está anclado en este lugar, concreto. La enseñanza de Cristo es formal: hay que estar dispuesto a renunciar a lo que sea para seguirle. Los apegos no son solamente a las personas o a las cosas, sino también a nuestro trabajo o a nuestro confort, a

una causa o a un combate. Podemos apegarnos incluso a nuestras amargas. El obstáculo no está en los apegos contra los que luchamos, porque esto indica que el corazón no está fijado en el objeto, sino en el apego al que consentimos.

He observado en las religiosas otros dos obstáculos que tienen una apariencia engañosa y no se dejan reconocer rápidamente.

Todo el mundo sabe que la rutina -es el enemigo mortal del amor. Se es menos consciente de la **superficialidad**. Como los matrimonios que, por miedo a encontrarse en profundidad, llevan una vida social trepidante, algunas de nosotras llevan una vida trepidante también. Grupos de oración, nuevos métodos de oración, sesiones múltiples. Reuniones apostólicas o de formación. Muchas palabras espirituales pero gusto por por una confrontación consigo mismo en el silencio. Poco sentido de las humildes realidades concretas. Las verdaderas capacidades del corazón permanecen en barbecho.

El otro obstáculo es **una desesperación muda**, estableciéndose en una tibieza que mina imperceptiblemente el espíritu. No osamos ya creer en la vida y en la alegría que promete el Evangelio. La realidad sobre la que reposa nuestra vida cristiana no parece ya tan real. No esperamos más la santidad. Bajo pretexto de realismo, aceptamos nuestra mediocridad. Una muerte está ya instalada. Esta es una forma del pecado contra el Espíritu.

Una relación profunda entre personas supone siempre una presencia, una atención, una entrega continua de sí para alcanzar el éxito en esa relación. ¡ Cuanto más para una relación en la fe!

Un amor de Cristo que no se traduce en una serie de gestos gratuitos, de pensamientos cargados de amor, de signos concretos, no es amor. Además, el amor no soporta quedarse

inactivo. Es infinitamente creador. Ha inventado el sacrificio, la penitencia, la ascesis como medios para saciar la capacidad amar, o para aumentar la capacidad de amor. ¿ No nos había dicho ya M. María Eugenia “falta hoy a vuestra alegría lo que falta a vuestros sacrificios? ¡Una simple cuestión de antropología!

Cristo piensa en nosotras sin cesar : nos sale al encuentro a través de todo. Hoy, como hace 1.600 años para Agustín, Cristo, Palabra viva del Dios vivo, viene a nosotras en la Iglesia a través de las Escrituras. Su belleza nos atrae, su mensaje nos ilumina. Nos explica el sentido de nuestra propia vida y toma la nuestra en la suya. Día tras día su Buena Nueva nos da las verdaderas dimensiones de nuestra existencia y se inscribe en nuestra historia - como si hubiese una página en blanco frente a cada página del Evangelio. Y este mensaje es un juicio que es salvación porque a la vez que su luz nos revela nuestro pecado, nos abre al mismo tiempo el camino de la Vida.

LA CARIDAD APOSTOLICA

Según la tradición, Agustín es el doctor de la Caridad. El amor domina sus obras como domina también su vida. Agustín vuelve continuamente al gran mandamiento, el doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Para él toda la Escritura está orientada hacia este mandamiento : es el centro y la plenitud. Jesús es el modelo y el Camino. Decía anteriormente que sin duda se puede trazar el desarrollo de la experiencia y de la enseñanza de Agustín sobre Cristo; creo que se puede hacer lo mismo con relación al amor.

Agustín parece evolucionar desde una postura en la que el amor a Dios es lo primero y luego viene el amor al prójimo - siendo el amor al prójimo un medio para llegar al amor a Dios - hacia otra que confunde los dos amores en uno sólo único e indivisible. Se diría que hace un desplazamiento de acento: de Dios como objeto de nuestro amor a Dios como Amor mismo. “Dios es amor”, dice S. Juan. “El Amor es Dios”, descubre y se

atreve a decir Agustín de una manera algo sorprendente. EL amor ha sido derramado en nuestros corazones por el Espfritu, y la experiencia del amor al hermano es experiencia de Dios.

Como nosotras, Agustín aprendió por experiencia, en la práctica. Amando a Dios, y a los otros en Cristo. Sicológicamente no partió de una situación familiar ideal: su madre era extremadamente posesiva; y en cuanto a su padre, era un marido infiel con el que era difícil vivir, y que, además, no parece haber estado cercano a su hijo. Por lo que sabemos de su temperamento, Agustín era sensible y emotivo, sin duda tímido, y no se entregaba fácilmente. Era también orgulloso (y con razón) y tenía una preocupación excesiva de lo que podían pensar de él y de sus escritos. Por su tendencia a la introspección era ciertamente egocéntrico. Pero sea cual fuere su temperamento, amaba...

Los amigos ocupaban un lugar importante en su vida, y aparentemente estaba dotado para la amistad. Si le gustaba el retiro y la soledad, le gustaba también la buena compañía, y su vida demuestra que allí donde se encontraba tendía a crear una comunidad. Espontáneamente se rodeaba de compañeros que compartían sus gustos y sus ideas. Se mostrb sucesivamente "comunitario" en el pecado, en la búsqueda de la verdad, en el amor a la contemplación, y en la vocación apostólica. Un solo corazón y una sola alma orientados hacia Dios, he aquí la expresión final de su ideal comunitario.

Desde el principio de su vida cristiana, Agustín se sabía embarcado en un camino de amor siguiendo a Jesús. Sus conciudadanos se le acercaban para consultarle; debió acogerlos, pues de otro modo no hubieran continuado a venir hacia él, ni sus amigos a quejarse.

Después forzado literalmente por ellos hacia el sacerdocio, renunció a su soledad y a sus búsquedas intelectuales o

espirituales que él mismo escogía. Como Jesucristo y por fidelidad a El, empezó a vivir para los demás. Aún esperaba conservar una relativa tranquilidad en su comunidad contemplativa... Cuatro años más tarde era obispo.

! Otra conversión! quizá más difícil que la primera. Sacerdote, obispo, Agustín estaba llamado a soltar las riendas de su propia vida, a renunciar a sus proyectos más queridos, los más "santos". En adelante ya no se verá libre de las preocupaciones de su pueblo y de la Iglesia. Pero el gran S. Agustín que conocemos nunca hubiera existido si no hubiera sido obispo de Hipona.

Se ve metido en los asuntos y los problemas de la vida cotidiana y de la gente sencilla - obispo pero también administrador, juez, padre para los pobres -, obligado a una entrega incesante de sus talentos, de su tiempo, de sus energías, de su misma persona, a Cristo en la Iglesia. Es el compromiso de todo su ser lo que le lleva a entregarse a todos sus diocesanos. pequeños y grandes, a cuantos vienen a pedirle favores o servicios de toda especie. La Iglesia no era para Agustín una realidad mística abstracta; tanto en la mesa de trabajo como en el altar, la Iglesia era su rebaño: conocidos, situaciones familiares de santidad y de pecado. Pastor, es hermano y servidor de todos -para que todos junto puedan vivir un día con Cristo.

La carrera a la que había renunciado se le impuso de nuevo. Predicaba incansablemente, adaptándose y adaptando el lenguaje a su pueblo y a las necesidades de éste. A pesar del peso de su misión pastoral encontró tiempo para producir el inmenso corpus de sus obras que poseemos hoy y que ha formado tantos cristianos a través de los siglos.

Su vida era idéntica a su mensaje : viendo nuestra indigencia, Cristo dió su vida por todos nosotros; así debemos nosotros compadecernos de todos los necesitados. Todo hombre es en verdad el prójimo de todos los demás.

El amor contemplativo de Agustín encontró su plena dimensión y su realización en la caridad apostólica. El mismo amor que le había llevado a buscar a Dios Sólo en la vida monástica lo proyecta en la intensa actividad del servicio apostólico. Era el final lógico de todo lo que había comprendido del doble mandamiento del amor, de todo lo que había comprendido del Cristo de las Escrituras.

Nuestra vocación de Religiosas de la Asunción sigue el mismo modelo un amor personal a Dios que nos lleva a buscar nuestra felicidad en El, y un amor extensivo que nos urge a ir hacia los otros. La caridad apostólica nos hace amar como Cristo ama. No hay, pues, misión, apostolado, profesión, trabajo o empleo que tenga otra motivación, otra substancia fuera del amor. Este amor se manifiesta de diversas maneras. He escogido señalaros algunas de ellas para nosotras: el celo, el desinterés, la actitud de sierva, el don de sí.

No se puede pertenecer a la Asunción sin el celo. Surge de un ardiente amor a Dios ; de la conciencia de todo lo que El es, y también de lo que, para nosotros, quiere ser, debería ser, es. El celo nace también de una compasión sin límites por nuestros hermanos, especialmente por aquellos que se encuentran en la mayor necesidad y que no conocen al Dios de Jesucristo, que no pueden por ello contar con El, abandonarse en El y dejarle ser su Dios.

En la Asunción, el celo corre parejo con la magnanimidad, sobre- pasa todas las ideologías, excluye toda mezquinería y no tiene tiempo para las comparaciones, las rivalidades. Es una virtud propia de los que aman !el Reino, de los que osan creer que Dios lo quiere ya presente en esta tierra, y que aceptan la llamada a trabajar en su venida sin escatimar sus esfuerzos, sin pararse en las dificultades. Suscita oraciones que traspasan el cielo.

El celo no es cuestión de naturaleza apasionada o de carácter enérgico. Arde en el corazón de quien ha escudriñado el corazón de Jesús. Crece al contacto con El, al lado uno de otro, bajo el mismo yugo. Crece al contacto con los pobres, con el sufrimiento y la ignorancia de la muchedumbre. Lo importante no es sentir su ardor. Se mide por la determinación concreta a actuar por Dios y por el Reino.

Como el celo, **el desinterés** es un imperativo para todo aquél que pretende trabajar por el Reino. Es una cualidad del amor que tenemos que cultivar incesantemente, y que no es fácil adquirir. Amar de manera desinteresada quiere decir que no buscamos el provecho, el afecto, la alabanza o la aprobación para nosotros mismos. Renunciamos a estas recompensas porque estamos apasionadas por el bien del otro, absorvidas por los asuntos del Reino. No se puede fingir una actitud semejante durante mucho tiempo : los otros, cuando no nosotras mismas, perciben rápidamente por qué y por quién actuamos.

El amor desinteresado nos desprende de lo que hacemos – trabajo o profesión. Lo que importa es lo que necesitan las personas a las que se nos envía. Nuestro trabajo está determinado por la misión. La oración por los demás y la generosidad para contribuir en sus tareas son pruebas de nuestro desinterés. En ninguno de los dos casos somos propietarias de los frutos de nuestra labor.

Pienso que si no hemos tomado conciencia de que un Amor infinito nos ama precedentemente, cuida de nosotras, guía nuestros pasos, no podemos ser realmente desinteresadas en nuestro trabajo ni en nuestras relaciones. Mientras no estemos convencidas de que Dios se ocupa tan perfectamente bien de nosotras y de nuestros asuntos que no necesitamos nada más, podemos estar seguras de que nos buscamos a nosotras mismas.

Dios nos ha amado primero. Nos ha dado la capacidad de amar, de amar con su mismo amor. Creer en todo esto puede suponer, para algunas de nosotras, muchos esfuerzos, según las experiencias hechas.

La paradoja asombrosa es que, si no se busca la recompensa se tiene generalmente la impresión de recibir sin medida.

Aquellos a los que El ha escogido para estar con El y enviarlos, Jesús les dice que deben ser los **servidores** de todos (¡en griego la palabra “servidor” es la misma que esclavo!). De esto, como de todo lo que El propone, Jesús es el ejemplo perfecto. Cuando le contemplamos como Servidor en los magníficos textos de Isaías, o a los piés de sus discípulos, captamos algo de la grandeza del servicio, algo de su carácter divino. De hecho, según una de las parábolas, en el cielo el Maestro nos hará sentarnos a la mesa y nos servirá. Si esto es así en el cielo, Dios debe amar el servir, y el servicio debe ser un placer.

Esto para nuestra meditación. Para la mayoría de nosotras, no es tan fácil estar al servicio de los que nos rodean, dejar que los otros tengan derecho sobre nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestras personas. Sin embargo, nuestro trabajo es un servicio y somos servidoras, no solamente de la Iglesia, de la Verdad o de una causa - sino de personas. Es tremendo ver hermanas que no tienen siquiera un espíritu de servicio, que parecen no estar dispuestas a molestarse por los otros, por todos los otros, para echar una mano, para perseverar en los humildes servicios comunitarios - son “mercenarias”. Y las hay. Por el contrario, es un gran consuelo ver esas hermanas que saben captar lo que hay que hacer y que, habiendo servido a lo largo de todo el día, son siempre felices de hacer un servicio suplementario. También las hay de éstas.

Si no hemos aprendido a servir, es el momento de ir “a la escuela” de Jesús. Ahí también la paradoja es que, una vez que una se pone a ello, el servicio nos “arrebata”.

¿ Qué puedo decir del **don de sí** ? Es la esencia misma del amor y sin él no hay amor. Es el todo del Evangelio, la vida y la muerte de Jesucristo. Jesús no utilizó con frecuencia la palabra amor, pero su vida y sus enseñanzas, sus palabras y sus actos son un continuo don de sí. Es la actividad constante de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es lo que celebramos y a lo que nos comprometemos en cada Eucaristía; este es el por qué queremos participar diariamente en ella.

“Habéis recibido gratuitamente dad gratuitamente también”. Todo se nos ha dado. Coged y dad... Cuánto más entramos en este movimiento, más gozosamente damos nuestros bienes y nuestra vida misma. Pasamos por momentos costosos y otros más fáciles; es el ritmo del aprendizaje del amor perfecto.

El don de sí es una mentalidad que hay que crear, una actitud que formar, un esfuerzo continuo que hacer. Es un modo de vida y es la vida religiosa tal como la comprendía M. María Eugenia la manera de participar en la misión de redención universal de Cristo por el sacrificio de nuestra vida.

Sin este peso del amor apostólico, nuestra vida contemplativa en la Asunción no es auténtica. Todo nuestro estilo de vida lo armonizó M. María Eugenia con nuestra vocación de celo por el Reino. La gracia de nuestra vida en la Asunción es que deja poco lugar al egoísmo si nos entregamos plenamente. La doble exigencia, oración y actividad apostólica, nos hace salir de nosotras mismas.

*

Os preguntaráis quizá por qué vuelvo con tanta insistencia sobre verdades que sabéis de memoria. Quiero asegurar el primer lugar al Evangelio. Hay tantas maneras rivales de mirar, analizar, reaccionar ante los acontecimientos, las situaciones, las personas, que la respuesta absolutamente sencilla y directa del Evangelio puede pasar a segundo plano. Debemos penetrar más profundamente en el Evangelio y en

nuestra cultura; ambos se esclarecen sin cesar. Pero, para un cristiano, la última palabra la tiene el Evangelio.

Os pongo ante un ideal. Es divino. Pero el camino es la humanidad de Jesús que se ha desposado con la pobre humanidad.

*

Termino esta carta el Domingo de la Trinidad. Entre las primeras y las últimas frases, hice la visita de nuestras comunidades de Inglaterra y Escocia. Al ponerme a escribir, pensé que esta carta sería corta y fácil de redactar. En realidad, me ha llevado a trabajar las obras de San Agustín y lo que “trabaja” mi propia alma y la de la congregación.

Mis tres puntos se han multiplicado; los temas se sobreponen y se entrecruzan. Según vuestra edad, vuestra espiritualidad, vuestros atractivos, o según la gracia del momento concreto de vuestra vida, os afectarán de una u otra manera. Si sólo uno u otro os habla al corazón u os llama a la conversión, estaré más que recompensada. Quizá también vosotras os sentiréis más cercanas a San Agustín, o tendréis el -deseo de conocerle un poco mejor. He evitado conscientemente citarle, pero, según vuestra familiaridad con sus escritos o su pensamiento, reconoceréis más o menos citas implícitas.

A él en primer lugar, y luego a vosotras, os pido perdón por la manera demasiado rápida e incompleta con la que he tocado su vida y su pensamiento, pero espero no haber deformado la verdad.

La vida cristiana es un proceso de conversión y una larga vida, un largo proceso de conversión.
Con vosotras en el camino.

Sr. Clare Teresa r.a.
Superiora general.